

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
El sufragio femenino en la Iglesia.....	1
Walter y la misión.....	14
Buenas Nuevas.....	22
La inerrancia de la Escritura.....	26
¿Qué constituye un buen sermón?.....	26
El cristiano en la vida pública.....	32
Floristan y Estepa: La pastoral de hoy.....	37
Bosquejos para Sermones.....	42

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

LA INERRANCIA DE LA ESCRITURA

La inerrancia de la Escritura es su esencial veracidad y confiabilidad. La Escritura no yerra ni nos conduce a error. Podemos confiar en esta Escritura en todo lo que nos dice, pues se diferencia de todos los demás libros por el hecho de ser la palabra de Dios. Verdad es que la Escritura nos presenta los pensamientos y las palabras de hombres, pero de hombres a quienes conducía y guiaba el Espíritu de Dios de modo que escribían la palabra sin error de Dios. La inerrancia de la Escritura se refiere a las Sagradas Escrituras en su totalidad, no sólo a las partes que versan sobre temas teológicos, sino también a las que tratan temas de la historia y de la naturaleza. Sí: la Escritura entera trata, al menos en manera indirecta, de la doctrina cristiana (2 Ti. 3:16; Ro. 15: 4). Es por esto mismo que en el sínodo de Misuri asignamos tanta importancia a la inerrancia de la Escritura, puesto que la Escritura es una unidad, un libro que directa o indirectamente señala hacia Cristo y nos conduce a él. Cristo y la Escritura son inseparables. El Cristo que amamos y adoramos, es el Cristo de las Escrituras.

Dr. Preus,
Presidente de la Iglesia Luterana -
Sínodo de Misuri desde julio de
1969.

¿QUE CONSTITUYE UN BUEN SERMON?

Le oí la siguiente anécdota a cierto ministro de la iglesia: "Meses pasados —me decía— leí en un magazin de homilética un artículo que se titulaba: 'Cómo Producir Sermones Aburridos', pero nunca hubiera esperado que se sucediera lo que me ocurrió en el seminario de mi iglesia una tarde en la que debía predicar en un retiro espiritual para pastores del circuito al cual pertenezco".

"Pregunté a los estudiantes de Teología del último año si asistirían al culto que habría de celebrarse un par de horas más tarde en la capilla y uno de ellos me respondió:

'¡NO! Estamos aburridos de escuchar a los pastores del circuito. Siempre dicen lo mismo'. Y al oír esta negativa, le respondí al estudiante: 'Pero quien predicará esta tarde no es ninguno de los pastores del circuito, seré yo', a lo que me respondió: 'Entonces, asistiremos.'"

Esta anécdota, que es un cien por ciento verdadera, me ha hecho pensar en el efecto que estarán produciendo en la feligresía de mi propia denominación muchos de los sermones que se pronuncian desde nuestros púlpitos y me ha hecho llegar a formularme la siguiente pregunta: "¿Qué es lo que hace que un sermón sea un buen sermón?"

Todo sermón debería ser una obra de arte, así como lo es un soneto o un poema, aunque diferente en cierto sentido. Todo sermón debe tener un "objeto" así como debe estar dirigido a un "sujeto." Podría decirse que el objeto de un sermón debería ser la exposición de una verdad, o la solución de un problema de la vida, o una exhortación a aceptar y servir a Jesucristo. Un buen sermón debe convencer la mente del oyente, debe "calentar" el corazón y debe mover la voluntad. Si el sermón fracasa en cualquiera de estos puntos, debemos calificarlo de imperfecto. "Cuando se pronuncia un buen sermón debe ocurrir una de estas dos cosas: 1) O alguien acepta a Jesucristo como Salvador o 2) alguien se enoja grandemente".

Ocasionalmente, un sermón puede ser presentado como un tema en discusión. El predicador en este caso deberá presentar el "pro" y el "contra" de la verdad puesta en discusión. Todo predicador debería ser un persuasor, pero para poder persuadir a otros él mismo deberá estar persuadido (convencido) en su propio corazón del valor y del poder del mensaje evangélico, si es que el predicador desea en realidad ganar a otros.

Dícese que Emerson escuchó cierta vez un sermón el cual no produjo en él efecto alguno. "No podía explicar qué le había ocurrido a l predicador durante la vida, si era un hombre que nunca había experimentado una fuerte tentación, o jamás había cometido algún pecado o nunca se había detenido a mirar en el interior de una sepultura abierta.

Aquel sermón al que se refería Emerson pudo haber sido

teológicamente perfecto, homiléticamente correcto, pero espiritual y humanamente era completamente nulo. Todo predicador debería saber que un sermón no es un ensayo "estofado en crema"; sino algo cálido y atractivo que partiendo del corazón del predicador llega hasta el alma de su feligresía.

Creo que todo predicador al encerrarse en su sacristía con el propósito de preparar su próximo mensaje, debería orar de la siguiente manera: "Enséñame a orar, Señor, para pedirte que me enseñes a predicar, a conocer y exponer la verdad como está en Jesús. Enséñame a hablar con tanta simplicidad que hasta los niños puedan entenderme y con tanta sinceridad que hasta un alma cansada, agobiada y extraviada no pueda llegar a olvidarse de lo que yo le diga".

Los malos sermones, ¡y cuántos se pronuncian, Señor! dejan las almas con las mismas tinieblas, las mismas dolencias y las mismas amarguras que tenían cuando entraron en la iglesia. Inaplicabilidad es el título que merece el crimen producido por todo mal sermón. Un fiel predicador nunca subirá a su púlpito para "gastar meramente un poco de su tiempo", o como se dice en inglés: "nunca debería despertar los perros invitándolos a comer y luego dejarlos ladrando por no haber satisfecho el hambre que despertara en ellos".

Cristo fue el más grande de los predicadores que ha pasado por nuestra tierra. Empleó sólo palabras sencillas y se valió de historias comprensibles para todos. Con ese método fue capaz de ganar almas para la causa del Reino de los Cielos. En sus parábolas podemos encontrar la clave para una predicación efectiva. El predicador actual debería tener la habilidad de hacer uso de ilustraciones prácticas tomadas de la vida real y actual, y por medio de esas ilustraciones debería poder enseñar a su feligresía cómo los cristianos deben actuar en la vida diaria: en los negocios, en la escuela, en el hogar y en cada área de la vida.

Pero el predicador podrá añadir este ingrediente a su mensaje únicamente si ha aprendido a vivir entre la gente misma. Todo predicador debe conocer las esperanzas y las desesperaciones de su pueblo, sus victorias y sus derrotas espirituales. Debe ser "un cura de almas". Mi experiencia

de cincuenta años de pastor es que muchos de los sermones que he escuchado han sido solamente discusiones académicas de la Biblia. Muchos predicadores fracasan con sus sermones porque no han llegado a aprender ellos mismos a mezclarse con su gente y a sentir cómo siente su congregación. Cristo fue capaz de predicar grandes sermones como resultado del conocimiento que poseía de las necesidades de aquellos con los que se trataba diariamente.

Todo pastor que se proponga predicar sermones deberá especializarse en un estudio intenso de la Biblia y de la vida humana. Sólo así podrá desarrollar los recursos espirituales que han de servirle en la presentación de sus mensajes, de esos mensajes que asirán las conciencias de sus oyentes y que habrán de inspirar a los oyentes a seguir a Cristo no obstante las pruebas y las tentaciones de la vida moderna.

Todo buen sermón procede de una persona que es totalmente sincera. Ninguna regla homilética podrá sustituir la sinceridad del predicador. "Lo que tú eres" decía Emerson— "habla tan estruendosamente que no me deja escuchar lo que me dices". No sólo el buen sermón debe proceder de una persona realmente sincera, sino que también debe poseer una verdadera experiencia cristiana y un profundo y real amor hacia las almas perdidas de los hombres. Henry Drummond, autor del famoso ensayo: "Love, the Greatest Thing in the World", (El Amor, la Cosa más Grande en el Mundo), acostumbraba llorar por los pecados cometidos por los estudiantes que habían sido puestos bajo su cuidado. Todo pastor que desea sinceramente ganar almas para Cristo debería poder llorar por los pecados de sus feligreses. ¡Cuán pocos pastores suelen afligirse hasta el punto de llorar por los pecados de los hombres y mujeres que han sido entregados a su cuidado espiritual! Se dice que el Dr. R. L. Scarborough, quien durante 30 años consecutivos fue director del Departamento de Evangelismo de un importante seminario americano, dijo una vez que, "cuando pensaba en los pecados del mundo, cerraba sus ojos y lloraba, ya fuera de día o de noche". Es a ese celo a lo que yo llamo "pasión por las almas".

Todo buen sermón es producto de una fe profunda y es el resultado de un "trabajo duro". **El buen sermón no se**

produce fácilmente. La preparación de un buen sermón requiere un estudio ardiente. Años de experiencia no mermarán en nada la necesidad de este estudio; más bien revelarán su necesidad. Ningún buen sermón es resultado de una "sacudida de manga".

Un buen sermón debe estar basado en un tema vital; uno que enfrente la vida, uno que sea a la vez "oportuno" como inoportuno. El buen sermón debería consolar a los afligidos y afligir a los que se sienten cómodos.

El buen sermón debería sondear las profundidades de las áreas en las que han vivido o desearían vivir los oyentes; en otras palabras: todo buen sermón debe tratar con alguna situación en la vida.

No debe olvidar el predicador que "no hay nada nuevo debajo del sol", así que todo buen sermón deberá presentar antiguas verdades de manera efectiva y singular revestidas con un ropaje nuevo a fin de que lleguen a impresionar indeleblemente sobre las mentes de los feligreses. Creo que el 50% de un buen sermón resulta de lo que diga el predicador y el otro 50% de lo que la congregación dice silenciosamente con sus vidas.

En mi pobre juicio, todo buen sermón debe decir "cómo" se debe enfrentar los problemas de la vida y debe "suplir" con la ayuda que se necesita para vencer el temor, conservar y enriquecer la fe; dar solución a un problema específico y ayudar a desarrollar en los oyentes el espíritu de oración y de adoración.

Todo buen sermón procederá de un hombre que posea profundas convicciones, que piense con claridad y sienta con profundidad. El tal predicador tendrá colocado su pie sobre una roca que ninguna clase de tormenta podrá conmover; portará una luz que ninguna clase de tinieblas podrá oscurecer.

La predicación es todavía la puerta abierta que da acceso al corazón humano. Es el predicador el que, desde su modesto púlpito moldea la vida espiritual de la nación y es también el hombre en quien está clavada la mirada de todos aquellos que buscan un líder que les guíe en la fe y proclame la fraternidad humana.

Predicar a Jesucristo es sembrar en los corazones fe, esperanza y amor en Dios. El buen sermón conducirá a la feligresía hasta la Puerta de la Celestial Jerusalén. Ha llegado la hora en la historia de la iglesia cristiana en la que ésta deba conducir a sus laicos, por medios de sus predicadores, a encontrar los medios que capaciten a la iglesia para asir las oportunidades que se le presentan a fin de dirigir la vida espiritual del mundo.

El propósito de todo sermón debe ser hacer que los oyentes piensen y obren como hijos de Dios en medio del mundo. Para que esto se produzca, las almas deberán ser sacudidas... conducidas al arrepentimiento. Todo sermón, por tanto, debe provocar una decisión en los oyentes.

Y ahora una palabra amarga para predicadores, para esos predicadores que no se proponen pronunciar buenos sermones. El Tercer Mandamiento es muy elocuente. Lástima grande que los pastores siempre se lo aplicamos a los feligreses y no esperamos que los feligreses nos lo apliquen a nosotros.

¿Qué dice la explicación del Tercer Mandamiento? "Debemos temer y amar a Dios de modo que no despreciemos su Palabra y la predicación de ella, sino que la consideremos santa, la oigamos y aprendamos de buena voluntad".

Pero esta explicación dada por Lutero puede ser aplicada a ciertos predicadores: a esos que no se toman el trabajo de estudiar sinceramente la Palabra, ni se proponen predicar un sermón que sea verdadero alimento para su feligresía, sino que sólo sirva para "llenar los veinte minutos dedicados al sermón". Los predicadores, si deseamos predicar buenos sermones, debemos temer y amar a Dios de modo que no despreciemos la Palabra, no dándole a su estudio el tiempo que ella merece y la predicación de ella deberá ser siempre un mensaje que alimente y fortifique el rebaño", haciendo así, la feligresía la tendrá por santa, la oirá y la aprenderá de buena voluntad".

Todo predicador que anhele predicar buenos sermones, deberá "ser hacedor de la Palabra". Todo predicador debería ser una epístola viviente.

Permitidme terminar con una oración personal: "En el nombre de Cristo te pido, oh Dios, perdón por todos los malos sermones que haya predicado durante mi medio siglo de ministerio. Amén.

Ambrosio L. Muñiz